

¿REVOLUCION EN LA REVOLUCION?

por REGIS DEBRAY

REGIS DEBRAY, autor de "¿Revolución en la Revolución?", es un joven intelectual revolucionario. Nacido en Francia hace 26 años, Debray estudió filosofía en la Escuela Normal Superior de París. Tuvo su primer contacto con la Revolución Cubana en 1961. Le tocó presenciar la campaña que barrió de la isla con la lacra del analfabetismo. Posteriormente visitó varios países latinoamericanos, e incluso vivió personalmente la experiencia guerrillera en algunos de ellos. En 1965, en los Cuadernos Marxistas-Leninistas, de la Escuela Normal Superior de París, publicó su trabajo "América Latina: estrategia revolucionaria", que fue publicado por primera vez en español en el número 31 de la revista "Casa de las Américas", de La Habana, en julio-agosto de 1965. En enero de ese mismo año había publicado en "Les Temps Modernes", la revista que dirige Sartre, el ensayo: "El castrismo: la larga marcha de América Latina", que será difundido en Cuba próximamente. Discípulo del filósofo marxista Louis Althusser, Debray ha intentado sistematizar, en un lenguaje claro, directo y polémico, el pensamiento revolucionario que fluye de la Revolución Cubana. Conocedor de la realidad latinoamericana, que ha visto de cerca, Régis Debray elaboró un contundente ensayo: "¿Revolución en la Revolución?", que han publicado en su número 1 (enero de 1967) los Cuadernos de Casa de las Américas, en Cuba, con un prólogo de Roberto Fernández Retamar. Los cien mil ejemplares de la primera edición se agotaron en poco más de una semana. Otras publicaciones del continente, como "Sucesos" de Ciudad de México, que lo ha venido publicando por entregas, se interesaron en el trabajo de Debray. PUNTO FINAL —atento a los materiales de información en torno al pensamiento revolucionario— también ha obtenido la autorización de Debray para reproducir en Chile su ensayo. Estamos seguros que, debido a la seriedad de los planteamientos y a la entidad de los problemas de la acción revolucionaria que Debray examina, "¿Revolución en la Revolución?" causará en Chile el mismo interés y la necesaria polémica doctrinaria que ha provocado en los países donde ya es conocido. PUNTO FINAL publicará, a partir de este número, el ensayo de Régis Debray, tal como fue presentado en la primera edición cubana.

"La Revolución Cubana no puede repetirse ya en la América Latina"...

ESTA frase, en boca de militantes latinoamericanos, se ha convertido en un cliché peligroso. Justa en ciertos aspectos, ha traído olvidos sangrientos.

A fuerza de decir que la Revolución Cubana no tendrá ya equivalente en el Continente, por el cambio que ha operado en la relación de fuerzas, hemos llegado a ignorar tranquilamente aquello que no puede ya repetirse. De la Revolución Cubana, se ignora hasta el abecé.

Primero, hemos reducido a Cuba a una leyenda dorada, la de los doce hombres que desembarcan y que se multiplican no se sabe cómo en un abrir y cerrar de ojos. Después, decidimos que la realidad no tiene ya nada que ver con ese audaz cuento de hadas. Ese juego de manos ha dejado escapar sencillamente lo esencial, la realidad compleja del proceso insurreccional cubano.

¡Cuántas vueltas inútiles, cuántas experiencias infortunadas, cuánto tiempo perdido han resultado de ello para los movimientos revolucionarios del presente! Nosotros

mismos hemos tratado de mostrar en estudios anteriores la amplitud de las transformaciones provocadas por Cuba en el Continente. Pero hay que dar fe del movimiento inverso que comienza un poco por doquier entre los combatientes y los militantes: vuelven con curiosidad a la experiencia cubana para advertir "el cómo" más que el brillo de la superficie, los "detalles" políticos y militares, los mecanismos internos. ¿Y por qué? Porque al cabo de años de sacrificios y a veces de derroche, descubren verdades de orden técnico, táctico y aun estratégico que la lucha revolucionaria cubana había puesto en acción y practicado desde sus comienzos, a veces sin darse cuenta de ello. Descubren que cierta manera de aplaudir ruidosamente la leyenda de la insurrección fidelista ha podido encubrir, en sus propias filas, el desdén o la negativa a aprender de ella y discernir sus lecciones fundamentales.

Así, pues, tenemos que lamentar que nos falte todavía una historia detallada del proceso insurreccional cubano, que no puede vernos sino de sus promotores y actores, y que esa falta nos fuerce a abreviar nuestras referencias en alusiones, cuando necesitamos una investigación sistemática.

LIBERAR EL PRESENTE DEL PASADO

Jamás somos completamente contemporáneos de nuestro presente. La historia avanza enmascarada: entra al escenario con la máscara de la escena precedente, y ya no reconocemos nada en la pieza. Cada vez que el telón se levanta hay que anudar de nuevo los hilos de la trama. La culpa, desde luego, no es de la historia sino de nuestra mirada, cargada de recuerdos e imágenes aprendidas. Vemos el pasado superpuesto al presente, aunque ese presente sea una revolución.

El impacto de la revolución cubana ha sido vivido y pensado, principalmente en la América Latina, a través de formas y esquemas ya catalogados por la historia, entronizados, consagrados. Por ello, pese a toda la conmoción que ha provocado, el golpe se ha recibido amortiguado. Hoy, calmada la algazara, se comienza a descubrir el sentido propio de Cuba, el alcance de su enseñanza, que antes había escapado. Una nueva concepción de la guerra de guerrillas ve la luz.

Entre otras cosas, Cuba ha recordado en primer lugar que la revolución socialista es el resultado de una lucha armada contra el poder armado del Estado burgués. Esta vieja ley histórica, de orden estratégico si se quiere, ha sido llenada al principio con contenidos tácticos ya conocidos. Se ha comenzado por identificar guerrilla con insurrección, porque el arquetipo —1917— se había presentado bajo esta forma, y Lenin, seguido por Stalin, lo había teorizado en algunas fórmulas; fórmulas que no tienen nada que ver con la situación presente y que en vano se agitan periódicamente, como las que se refieren a las condiciones

del estallido de la insurrección, entendida como asalto inmediato al poder central. Pero esta diferencia saltó pronto a la vista. Después, la guerra de guerrillas americana, se ha confundido casi con las guerras de guerrillas asiáticas, puesto que se trata también de una guerra "irregular" para sitiar las ciudades a partir del campo. Confusión más peligrosa todavía que la primera.

La lucha armada revolucionaria encuentra condiciones específicas en cada continente, en cada país, pero éstas no son "naturales" ni evidentes. Lo son tan poco, que en cada caso son necesarios años de sacrificios para descubrirlas y adquirir conciencia de ellas. Así, por instinto, los socialdemócratas rusos pensaron en rehacer la Comuna de París en Petrogrado; los comunistas chinos trataron también de rehacer el Octubre ruso en el Cantón de los años 20; y los camaradas vietnamitas, un año después de la fundación del Partido, de provocar insurrecciones de soviets campesinos en el norte del país. Para nosotros, ahora, es obvio que las insurrecciones soviéticas no podían triunfar en el Asia colonial de la preguerra, pero los más auténticos militantes comunistas han debido comenzar por ahí el aprendizaje de su victoria.

Fodría pensarse que es una suerte que Fidel no haya leído los escritos militares de Mao Tse-Tung, antes de desembarcar en las costas de Oriente: ha podido inventar así, sobre el terreno, a partir de su propia experiencia, las reglas de una doctrina militar conforme al terreno. Sólo al fin de la guerra es cuando su táctica se define y los rebeldes descubren

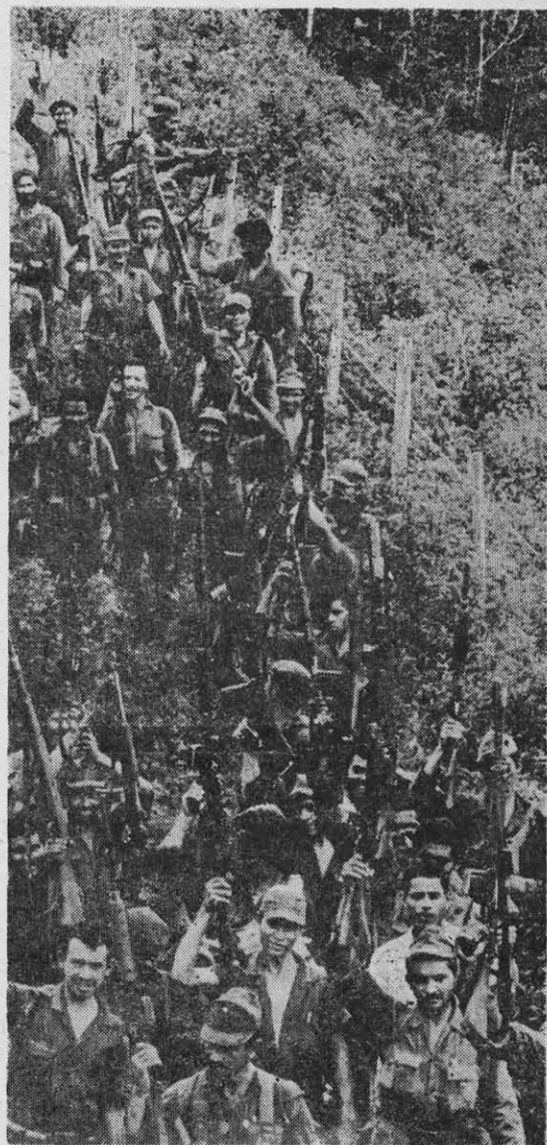
los escritos de Mao.¹ Pero de nuevo en la América Latina los militantes leen los discursos de Fidel y los escritos del Ché Guevara con los ojos que han leído ya al Mao de la guerra antijaponesa, así como a Giap y ciertos textos de Lenin, y creen reconocer los segundos en los primeros. Superposición visual clásica, pero peligrosa, cuando la guerra revolucionaria tiene en la América Latina condiciones de desarrollo muy particulares, profundamente diferentes, que no podrá encontrar sino a partir de una experiencia propia. En ese sentido, todas las obras teóricas sobre la Guerra del Pueblo hacen tanto mal como bien: se les ha llamado gramáticas de la guerra. Pero se aprende más pronto el idioma de un país extranjero cuando se está en él y hay que hablarlo, que con una gramática en su casa. En tiempo de guerra esas cuestiones de rapidez son vitales, sobre todo en los primeros momentos, cuando una guerrilla casi sin armas e ignorante debe afrontar a un enemigo bien armado y que sabe.

Fidel achacaba un día la responsabilidad de ciertos fracasos guerrilleros al vínculo puramente intelectual con la guerra. Se comprende por qué: sin contar la debilidad física, la inadaptación a la vida de campaña, un intelectual tendrá que apresar el presente con montajes ideológicos preformados y virarlo a través de los libros. Sabrá menos que otro inventar, improvisar, arreglárselas con los medios disponibles, decidir en el momento mismo una operación audaz para salir de un mal paso. Creyendo saber ya, aprenderá menos de prisa, sin flexibilidad. Y la ironía de la historia ha querido que la situación social propia de muchos países latinoamericanos delegue precisamente ese papel de avanzada en estudiantes y en intelectuales revolucionarios, que han tenido que desatar o más bien comenzar las formas más elevadas de la lucha de clases.

Luego esos yerros, con malentendidos, esas confusiones se han pagado. No demasiado caro, si pensamos en los desastres durante tanto tiempo repetidos de la primera guerra de liberación contra España. Se aprende

¹ Como se sabe, Fidel halló en Martí su inspiración política fundamental, inspiración fortalecida y corregida desde ya antes del Moncada, por las ideas de Marx y Lenin. De este último, prestó fundamental interés a las ideas contenidas en *El Estado y la Revolución*, donde la destrucción del viejo aparato estatal y sus medios represivos se convierten en un axioma revolucionario. Pero sus fuentes de inspiración militar fueron otras: *Realengo 18*, de Pablo de la Torriente Brau; los relatos de las campañas de Máximo Gómez; los textos de Engels que explican las difíciles condiciones de lucha callejera impuestas al proletariado parisino por el fusil Chassepot y la abertura de grandes avenidas; *Por quién doblan las campanas*, de Hemingway (donde Pablo y su banda castiguerrillera se mantienen en la Sierra en la propia retaguardia de los fascistas, entre Madrid y Segovia). Más que fuentes, estos libros son coincidencias: Fidel no encontró en ellos sino lo que estaba buscando. *Problemas estratégicos de la guerrilla antijaponesa*, de Mao Tse-tung cayó en las manos de Fidel y del Che después de la ofensiva del verano de 1958: con mucha sorpresa, leyeron en este libro lo que habían practicado apremiados por la necesidad.

enormemente sobre la guerra y la América leyendo una biografía de Bolívar, y también lecciones válidas para las guerras revolucionarias de la América de hoy. La más preciosa de todas: la tenacidad. Cinco veces expulsado del suelo americano en cuatro años, derrotado, ridiculizado, solitario, cinco veces ha vuelto, hasta la primera victoria, en Boyacá, con una obstinación que le hizo tener por loco. Aprendiendo cada vez un poco más: la necesidad de movilidad y de caballería para compensar su falta de efectivos y armamentos; la necesidad de hacer una guerra agresiva y de ataques rápidos, no defensiva y estática; la necesidad de quemar las naves y cortarse todo repliegue posible al declarar "la guerra a muerte" contra el español para



Las guerrillas han irrumpido en la historia latinoamericana cambiando el cuadro de la lucha contra el imperialismo y las oligarquías criollas. Los pueblos tienen ahora vanguardias armadas para contrarrestar la violencia reaccionaria

precipitar la formación de lo que hoy llamaríamos "condiciones subjetivas" en sus propios partidarios y en los criollos; la trampa representada por Caracas en tanto los españoles fueran dueños de los campos; la necesidad de rodear las ciudades partiendo de los llanos y de bases de apoyo sólidas; la importancia, en fin, de algunos lugares ("Coro es a Caracas lo que Caracas es a América").

La misma lección de tenacidad nos la ha recordado recientemente Fidel, más de una vez al borde del desastre. El Moncada (53), el desembarco del Granma (56) y, en menor medida, el fracaso de la huelga de abril del 58 son otros tantos reveses tras los cuales cualquiera hubiese regresado a casa en espera de días mejores. ¿Cuántos focos guerrilleros han fracasado en Guatemala antes de la consolidación de las guerrillas de Zacapa e Izabal? Más de cuatro, aniquilados o desmantelados. ¿Cuántos fracasos en Venezuela, cuántas traiciones y divisiones? Sin embargo, la guerrilla ha sobrevivido y recomienza con más fuerza: quizá aun la guerra misma empieza ahora de veras.

Los reveses sufridos por el movimiento revolucionario en la América Latina son verdaderamente poca cosa, si se miden por un período de tiempo que es prólogo de las grandes luchas de mañana, si se tiene en cuenta que los pocos años pasados corresponden a ese período de arrancada y reajuste que han atravesado todas las revoluciones en su principio. Más aún, lo que puede sorprender es que algunos movimientos guerrilleros hayan podido resistir tantos ensayos y errores, unos evitables y otros no. Al decir de Fidel, eso es lo asombroso y lo que prueba hasta qué punto el movimiento es suscitado por la historia. De hecho, más que de fracasos hay que hablar de cierto explicable estancamiento y de falta de desarrollo rápido, consecuencias, entre otras cosas, de los desaciertos y errores inevitables en esta etapa de exploración de una concepción y un método revolucionario nuevos, pese a su engañoso parentesco con otras experiencias internacionales.

Todos los procesos revolucionarios decisivos han comenzado con algunos traspies por la razón que hemos evocado: porque los puntos de partida existentes son los que deja el proceso histórico precedente y se parte de ellos aun sin darse cuenta. De todos esos traspies el latinoamericano es el más benigno. En cada caso se ha tratado de rectificar el paso sin cambiar la dirección de la marcha, corregir la táctica sin renunciar a la estrategia justa ni a los principios. Es el momento que define los dos campos. En cada país que ha hecho la experiencia de una revolución, este momento puso frente a frente a los revolucionarios de un lado y a los reformistas y futuros traidores, de otro.

Después de 1905, el pacifismo y el espíritu de derrota cobran fuerza en el partido Socialdemócrata ruso. Lenin, desde Ginebra, donde vive exilado, y otros, deben levantar la voz no para oponer la democracia representativa de las Dumas a la insurrección obrera, sino para oponer una insurrección bien dirigida a una insurrección no dirigida en lo absoluto. En China, al día siguiente de las derrotas de

1927, había que oponer —como lo hicieron Mao y otros— no el compromiso a la insurrección obrera sino el repliegue al campo y la Gran Marcha (forma de lucha propia de las condiciones chinas) al asalto rápido de las ciudades bajo la férula del Kuomintang enemigo. Después del desastre del Moncada, Fidel y sus compañeros supervivientes no pensaron en abandonar el principio de la lucha armada contra Batista, sino que le dieron un contenido distinto, más justo. Para un revolucionario el fracaso es un trampolín. Teóricamente más rico que el triunfo: acumula una experiencia y un saber.

De hecho, unos pocos años de experiencia en lucha armada de todas clases, en la América Latina, han hecho más para dar a conocer la singularidad de sus condiciones objetivas que las décadas precedentes de teoría política copiada. Históricamente, Cuba ha dado la arrancada a la revolución armada en América Latina. Esa arrancada, irreversiblemente efectuada a partir de una línea justa, es lo esencial.

"De hecho, ¿se habrá producido la eclosión de la lucha armada? ¿Estará su vórtice en Venezuela, Guatemala, Colombia, Perú, Ecuador? ¿Serán esas escaramuzas actuales sólo manifestaciones de una inquietud que no ha fructificado? No importa cuál sea el resultado de las luchas de hoy. No importa, para el resultado final, que uno u otro movimiento sea transitoriamente derrotado.

Lo definitivo es la decisión de lucha que madura día a día, la conciencia de la necesidad del cambio revolucionario y la certeza de su posibilidad".²

Hoy, en la América Latina, una línea política que no pueda expresarse, en el plano de sus efectos, en una línea militar coherente y precisa, no puede ser tenida por revolucionaria. Toda línea presuntamente revolucionaria debe poder dar una respuesta concreta a esta pregunta: ¿Cómo derribar el poder del Estado capitalista? Es decir, ¿cómo romper su esqueleto, el ejército, reforzado de día en día por las misiones militares norteamericanas? La revolución cubana ofrece a los países hermanos americanos una respuesta que hay que estudiar en los detalles de su historia: mediante la construcción más o menos lenta, a través de la guerra de guerrillas librada en las zonas rurales más propicias, de una fuerza móvil estratégica, núcleo del Ejército Popular y del futuro Estado Socialista.

Toda línea militar depende de una línea política, que aquélla expresa. Ahora bien, aun dentro de la lucha armada, estos últimos años han sido puestas a prueba otras líneas militares, dando un sentido muy distinto a la guerra de guerrillas. Más que malas interpretaciones de la respuesta cubana, se trata

² Che Guevara: "Guerra de guerrillas: un método".



El fusil FAL es el compañero inseparable del guerrillero en las montañas de Falcón y Lara, Venezuela. La mayor parte del armamento ha sido tomado al ejército equipado por EE. UU., y a la policía.

de esquemas políticos **importados**, disfrazados de líneas militares, y aplicados a condiciones históricas muy diferentes de aquellas en que esos esquemas tuvieron sus raíces. Tales son los casos de las concepciones de la **auto-defensa armada**; cierta manera de entender la **propaganda armada** y la **base guerrillera**; y en fin, la **sujeción de la guerrilla al Partido** como una pieza más añadida a su organización de tiempo de paz.

Esas concepciones, que han adquirido fuer-

za de línea en muchos lugares, han dado a la lucha armada popular un contenido trunco que puede juzgarse por sus resultados. Resulta útil investigar qué concepciones políticas las inspiran y cómo algunas plagian experiencias revolucionarias extrañas a la América Latina y a sus condiciones actuales.

Esas experiencias negativas nos permitirán quizá descubrir la enseñanza esencial que se debe sacar tanto de la fase insurreccional de la revolución cubana como de las luchas armadas de hoy.

LA AUTODEFENSA ARMADA

La autodefensa, como sistema y como realidad, está hoy liquidada en los hechos.

Colombia, con sus zonas de autodefensa campesina, y Bolivia, con sus zonas de autodefensa obrera, constituían los dos países en que esta concepción había tomado fuerza de línea. Esos dos "focos de subversión", a unos meses de distancia, fueron liquidados por el ejército: Marquetalia, al sur de Colombia, ocupada en mayo de 1964, y las minas de Bolivia, invadidas en mayo y septiembre de 1965 después de trágicos combates. Esta doble derrota señala el fin de una época y atestigua la muerte de una cierta ideología. Es preciso que el movimiento revolucionario cante su responso de una vez por todas.

Fin de una época: la del equilibrio relativo de las clases. Principio de otra: la de la guerra total de clases, que excluye las soluciones de compromiso y los repartos del poder.

Frente a la polarización actual entre explotados y explotadores en un país neocolonial, el hecho de que pueda existir una porción de territorio en que el Ejército y el aparato del Estado no puedan proceder "al ejercicio normal de sus funciones", es más de lo que puede soportar la nueva legalidad imperialista, pero no lo suficiente para ponerla en peligro. El fracaso de la autodefensa armada de las masas corresponde, en el plano militar, al fracaso del reformismo en el plano político. En el nuevo marco de la lucha a muerte no hay lugar para las soluciones bastardas, para la búsqueda de equilibrio oligarquía-fuerzas populares, para los pactos tácitos de no agresión. La dictadura de las oligarquías nos pone en la alternativa de pasar a su destrucción en bloque o aceptarla en bloque: no quedarse en el medio. Además, la autodefensa está hoy desacreditada; sus propios partidarios de ayer la han transformado en el comienzo de más altas formas de lucha. Pero ¡cuidado!: tiende a renacer bajo formas más seductoras y, desde luego, ocultando su nombre. Tiende a renacer porque se arraiga en una ideología vivaz como Proteo. En el momento en que la autodefensa se ahogaba, el trotskismo ha llegado para tenderle la mano y tratar de darle vida. Este renacimiento es el que nos ocupa ahora.

En el sustrato ideológico de la autodefensa

se encuentran ideologías de las cuales Lenin ha dicho repetidamente que eran naturales de la clase obrera y que volverían a tomar la delantera cada vez que los marxistas y los comunistas bajaran la guardia: el "economismo" y el "espontaneísmo". El economismo es la defensa exclusiva de los intereses profesionales de los trabajadores contra las usurpaciones del poder patronal a través del sindicato; como está excluido **atacar** al poder político de los patronos, al Estado burgués, esa defensa acepta y avala de hecho lo que pretende combatir. No es un mero azar que en Bolivia, donde por más tiempo ha predominado la tradición anarcosindicalista entre los trabajadores, la lucha de éstos revista, desde la revolución de 1952, la forma de milicias obreras de autodefensa.

El término de autodefensa no es el más conveniente: sugiere una actitud pasiva, temerosa y replegada, pero éste no es siempre el caso; es incluso excepcionalmente el caso. ¿Quién pondrá en duda el heroísmo combativo de los proletariados europeos antes de "la importación del marxismo a la clase obrera", según la fórmula de Lenin? ¿Y la pericia y coraje de los campesinos colombianos, que fueron las víctimas principales de esa terrible guerra civil de diez años, donde cayeron más de cien mil de ellos? ¿Quién negará que la abnegación y la solidaridad de los obreros parisinos de las Jornadas de Junio y la Comuna se encuentran hoy día en los cuarenta mil mineros y "fabriles" de La Paz, héroes de la primera revolución obrera de América, en 1952?

La autodefensa no adolece de una falta de audacia en sus promotores. Por el contrario, a menudo adolece de una admirable profusión de sacrificios, de un despilfarro de heroísmo que no conduce a nada, es decir, a todo salvo a la conquista del poder político.

Mejor valdría, pues, hablar de un espontaneísmo armado. Su propio origen ideológico nos revela su época de elección: anterior a Marx. Autodefensa habría podido llamarse a la insurrección india dirigida por Túpac Amaru II en el Perú, a fines del siglo 18. Los indios se levantan por decenas de millares, expulsan a los latifundistas criollos, matan al español en el mismo lugar y recuperan sus tierras robadas por las "encomiendas". El mo-

vimiento se dispersa pronto en victorias locales; los indios, a medida que se acercan a la costa, ocupan las tierras y permanecen en la montaña: ningún ejército más o menos regular, ninguna fuerza de choque independiente; los insurgentes, dueños del país, desdénan marchar sobre Lima, cabeza del virreinato. Lima tiene tiempo, pues, para reagrupar un ejército, y la reconquista se opera sin dificultades en las condiciones que pueden imaginarse. Autodefensa habría podido llamarse a la insurrección de los Comuneros de Colombia, dirigida por la famosa Manuela Beltrán, casi en la misma época.

En resumen, hubo insurrecciones obreras antes del advenimiento del socialismo científico, como hubo guerras campesinas antes de las guerras de guerrillas revolucionarias: no por ello tienen algo que ver unas con otras. La guerrilla es a la sublevación campesina lo que Marx es a Sorel.



En un campamento guerrillero de Izabal, Guatemala, se enseña el manejo de las armas de fuego a los campesinos. Los comandantes César Montes y Marcos A. Yon Sosa, dirigen los frentes guerrilleros guatemaltecos.

Así como el economismo niega el papel de vanguardia del partido, la autodefensa niega el papel del destacamento armado, orgánicamente distinto de la población civil. Así como el reformismo apunta a constituir un partido de masas sin selección de los militantes ni organización disciplinada, la autodefensa aspira a integrar a todo el mundo en la lucha armada, a constituir una guerrilla de masas, con mujeres, niños y animales domésticos en el seno de la columna guerrillera.

Así como el espontaneísmo no aspira al poder político para los explotados y, en consecuencia, no se organiza en partido político, la autodefensa no aspira a la supremacía militar para los explotados y, en consecuencia, no aspira a organizarse en ejército popular regular, con su movilidad e iniciativa

propias. Se dirá que hay autodefensa allí donde la fuerza móvil estratégica no es el objetivo número uno de la lucha armada, allí donde la conquista del poder político no es la perspectiva consciente y visible de la lucha armada. La autodefensa no excluye necesariamente la insurrección. Pero esta insurrección será siempre local y no buscará extender su acción al conjunto del país: la autodefensa es parcial y la guerrilla revolucionaria aspira a la guerra total al combinar bajo su hegemonía todas las formas de lucha en todos los puntos del territorio. Local y, por tanto, localizada de antemano, la comunidad en autodefensa no tiene iniciativa. No puede elegir el lugar del combate, no se beneficia de la movilidad, del efecto de sorpresa ni de la capacidad de maniobra. Ya descubierta, la zona de autodefensa será objeto de un cerco y de un ataque minuciosamente preparado por el enemigo en el momento escogido por éste. La zona o la ciudad defendidas por su población misma no pueden sino esperar pasivamente el ataque del enemigo y depende de su buena voluntad. No obliga tampoco al enemigo "a que dé los pasos necesarios para que la situación no retroceda" (Che Guevara). No obliga a la democracia representativa o al régimen oligárquico a revelar a la luz del día su contenido de clase; la autodefensa permite a la clase dominante no desenmascararse como dictadura de la violencia; mantiene "el equilibrio dictadura oligárquica-presión popular" en lugar de "violentarlo" (Che). Entra en el juego y hace el juego a la clase dominante, favoreciendo los equívocos en el seno de las clases dominadas, disfrazando de victoria las soluciones de compromiso.

En Vietnam sobre todo, y en China también, la autodefensa armada de los campesinos, organizada en milicias, ha desempeñado un papel importante, como piedra básica del edificio de las fuerzas armadas de liberación. Pero allí la autodefensa se extendía a zonas militarmente ya liberadas o semiliberadas, y no constituía en modo alguno zonas autónomas. Esos territorios de autodefensa no eran viables sino en razón de una guerra total que se libraba en otros frentes, con las fuerzas regulares y móviles del Vietminh. Permitían integrar a toda la población en esa guerra sin hacer descansar sobre ella el peso principal de la lucha; dispersando el cuerpo expedicionario francés, aligeraban la tarea de las fuerzas regulares y semirregulares, y les permitían concentrar un máximo de efectivos en frentes de combate escogidos en función de los planes estratégicos elaborados por un Estado Mayor. En América Latina, todavía más que en Vietnam, la autodefensa no puede bastarse a sí misma, al menos si se pretende evitar la eliminación de la población civil.

La autodefensa no es nada más que una parte mínima de un todo con características especiales (escribe el Che Guevara en su prólogo a las obras de Giap). Nunca puede concebirse una zona de autodefensa como un todo en sí, es decir, una región donde las fuerzas populares traten

de defenderse del ataque del enemigo, mientras todo el territorio exterior a dicha zona permanece sin convulsiones. Si así sucediera, el foco sería localizado, atezado y batido, a menos que pasara inmediatamente a la fase primera de la guerra del pueblo, es decir, a la guerra de guerrillas.

Algún tiempo después de que el Che escribiera ese texto, "la zona de autodefensa campesina" de Marquetalia y las otras "repúblicas independientes" fueron ocupadas y disueltas por el enemigo, y Marulanda tuvo que volver a la guerrilla móvil. Una zona de autodefensa establecida, cuando no es el resultado de una derrota militar, aun parcial, de las fuerzas enemigas, ni está protegida por un frente guerrillero en constante ofensiva, no es más que un coloso con pies de arcilla, su desplome asesta un golpe a la moral de las fuerzas populares tanto más grave e inesperado cuanto más inalterable parece ese tipo de statu quo; una mitología eufórica se desarrolla, y envuelve la realidad de esas zonas: como éstas duran desde hace años, se olvida que son el fruto de un compromiso tácito, no de una victoria real, y se les cree inexpugnables. La vigilancia se adormece; se olvida cada vez más poner a prueba las milicias, velar por su entrenamiento, por su armamento; la disciplina se relaja. Del lado revolucionario, esos territorios presuntamente liberados se convierten en simple objeto de propaganda política, coartadas para la inacción más que incitaciones a mayor acción. Del lado de la reacción, pretextos hallados a punto para presentarse como guardianas de la unidad nacional y la integridad del territorio, amenazado por ese quiste canceroso, y para atacar a los comunistas "separatistas"; la burguesía infla poco a poco el peligro real y el miedo que siente con fines de propaganda, inflamamiento del cual pueden ser víctimas los propios revolucionarios, que acaban por creer que la guerrilla es, en efecto, un cáncer y que sólo el tiempo se encargará del paciente. Así, el "desinflamamiento" de esas zonas, cuando el ejército pasa al ataque después de largos preparativos realizados con toda comodidad, hará mayor efecto: gran victoria para la burguesía, gran derrota para la revolución "castrocomunista"... ¿Qué hay en realidad?

Si se juzga por la historia de Cuba y de algunos otros países de América Latina, la guerra de guerrillas parece pasar por las etapas siguientes: la etapa de asentamiento primero; la etapa de desarrollo, señalada por la ofensiva enemiga llevada a cabo aun con todos los medios disponibles (cercos operativos y tácticos, rastillaje, tropas aerotransportadas, bombardeos, etc.); finalmente, la etapa de la ofensiva revolucionaria, política y militar a la vez. Durante la primera etapa, la más difícil de superar evidentemente, la más expuesta a las contingencias de toda naturaleza, el grupo inicial conoce un período de nomadismo absoluto al comienzo; después, un período más largo de fortalecimiento o habitación de los combatientes, organización de

correos regulares, de líneas de aprovisionamiento, de relevos, de depósitos de armas, para llegar a la fase final del asentamiento verdadero o constitución mínima de una zona de operaciones. Esta progresión ve crecer el número de combatientes en valor absoluto, pero también disminuir su proporción relativa, puesto que se desarrollan los servicios, las pequeñas industrias, los cuadros-oficiales; en otras palabras, la parte de la técnica aumenta (armamento, comunicaciones, producción, explosivos, escuelas de reclutas, etc.) para responder al desarrollo de la potencia de fuego de la guerrilla y de su poder ofensivo.

Ahora bien, una zona de autodefensa como la de Marquetalia daba la impresión de haber llegado al término de esa primera etapa (consolidación de una zona de operaciones) y de que podía pasar a la segunda: hacer frente a una ofensiva enemiga, tomar la iniciativa táctica, destacar elementos de la columna madre para crear otros frentes guerrilleros. Nada de eso. Como los territorios de autodefensa campesina no habían coronado el término de una lucha armada revolucionaria, sino de una guerra civil entre conservadores y liberales, sin conclusión clara, sin efecto sobre el potencial militar del enemigo, la guerrilla, comenzando por la de Marquetalia, tuvo que regresar a la primera fase, a la fase nómada, sin dejar de estar embarazada por las familias de los combatientes, las tareas de evacuación de la población, el cuidado del ganado y las propiedades agrícolas, etc.

Bolivia: una situación análoga, en un medio obrero, asume aspectos de tragedia. Veintiséis mil mineros de las grandes minas de estaño nacionalizadas están distribuidos por casi todo el altiplano, pero la principal fortaleza minera se concentra en una faja de terreno de quince kilómetros de largo por diez de ancho, donde se encuentran las minas Siglo Veinte, Huanuni y Catavi. En 1952 los mineros destruyen al ejército de la oligarquía, establecen un gobierno liberal, reciben armas y una apariencia de poder. La revolución se aburguesa. Los mineros se escinden poco a poco. Tienen armas, milicias, radios, un sindicato poderoso, dinamita y defonadores —instrumentos de trabajo de cada día— y, además, el control de la riqueza fundamental del país: el "metal del diablo", el estaño. Replegados sobre sí mismos, semimpotentes, semindolentes, dejan a la burguesía nacional reconstituir un ejército y jalonan su reinado de huelgas, escaramuzas y combates. En pocas palabras, sobreviven; y después, como es natural, el ejército puesto en pie por la burguesía se traga a ésta con un golpe de Estado; de los Estados Unidos llega la orden de destruir el movimiento obrero y la Junta Militar provoca friamente a los trabajadores al arrestar a su viejo jefe sindical Lechin. La huelga general indefinida propuesta por los trotskistas es decretada en mayo de 1965; los cuerpos de élite del ejército, "rangers", tropas paracaidistas especiales y la infantería clásica cercan las minas y desatan un combate frontal contra las milicias de los mineros: la aviación bombardea una mina cerca de La Paz y ametralla otra. Resultado: muertos por centenares del lado de los mineros y por de-

cenas del lado de los soldados; las minas son ocupadas por el ejército, los soldados fuerzan las puertas de las casas y ametrallan a ciegas a las familias. Se proscriben, encarcela o mata a los dirigentes sindicales y a los mineros más combativos. Objetivo alcanzado. Todo está en orden, aun el odio y las lágrimas de rabia. Hasta la próxima vez.

En el marco de una insurrección general combinada entre diversas minas, La Paz, y ciertas regiones rurales, si esta insurrección viene a coronar una larga guerra de desgaste librada en otras partes y con otros medios, los mineros organizados en sindicatos revolucionarios pueden desempeñar un papel decisivo. Pero una cosa parece imposible: que una insurrección espontánea acabe en pocos días con un ejército moderno, entrenado y engrosado por una misión militar norteamericana bien equipada, dotado de una fuerza de choque numéricamente reducida pero agresiva. En resumen, los tiempos han cambiado: es difícil repetir 1952 en 1966.

¿Qué posibilidad de defensa y de ataque victorioso tienen hoy los mineros?

Los milicianos son trabajadores de minas nacionalizadas. En caso de huelga o insurrección, el gobierno corta las carreteras, es decir, los víveres. El aprovisionamiento de los habitantes de las minas se efectúa desde La Paz por tren y camión. En el lugar, a 4.000 metros de altura, los riscos no producen gran cosa; algunas comunidades de indios aymaraes cultivan papas y quina, y secan carne de llama. De esta economía de subsistencia no se saca nada serio. Por ello los camaradas tienen necesidad de una victoria rápida, pues no disponen de víveres para más de una decena de días; pasado ese tiempo, no más leche para los niños, no más medicamentos en los hospitales, no más carne en la "pulpería". En cambio, los mineros impiden la salida del mineral, bloquean los trenes a la salida de las minas. Pero la pelea es desigual: comienzan vencidos. El gobierno tiene fondos en los bancos, préstamos norteamericanos a su disposición, almacenes comerciales, acceso al puerto de Chile, y pueden mantenerse largo tiempo sin mineral. El minero en armas compromete cada día un poco más el aprovisionamiento de su familia: la suerte de uno es la suerte de la otra; ve a su hijo languidecer ante sus ojos, y a sus compañeros de trabajo atacados de silicosis, agotados, agonizar por falta de medicamentos —algunos siropes no más—. Si estuvieran solos, independientes, si estuvieran organizados en unidades reducidas, un golpe de mano contra los almacenes de las ciudades vecinas bastaría para aprovisionarlos por unas semanas. Pero tal como están, el hambre alcanza por igual a ellos y a sus familias.

Las minas son también ciudades, inmensas barracas grises sin ventanas, construidas a alguna distancia de los pozos, donde sobreviven las familias. Altiplano helado. Ni árboles ni arbustos: un zócalo de tierra roja que se prolonga hasta el horizonte, una luminosidad intensa. Las casas se alinean en hileras rectilíneas, objetivo fácil y destacado para los bombardeos. El bombardeo no compromete la



El comandante Lozano, uno de los jefes de las guerrillas colombianas, cambia opiniones con sus hombres en Marquetalia. En la foto inferior: un guerrillero cuenta las municiones de su destacamento.

producción: no se trata más que de la población. Por lo demás, la mina es subterránea y las instalaciones de superficie reducidas. Los hornos de fundición están en Inglaterra y en los Estados Unidos. Otra debilidad: las minas están separadas por varias decenas de kilómetros; es fácil para el ejército aislarlas y dominarlas una por una; difícil para los mineros agruparse para coordinar la resistencia. Ningún plan, ningún mando militar centralizado, ninguna preparación militar ni medio de transporte; por lo demás, sólo los movimientos de noche estarían permitidos a las formaciones de milicia. A lo sumo, algunos comandos podrían moverse de día, sobre objetivos limitados, aun en la retaguardia del enemigo, hacia las ciudades. Pero ese tipo de acción rebasa la autodefensa y las condiciones concretas de vida de los milicianos, que no tienen cada día sino el tiempo de dormir y malcomer, para continuar su trabajo por un salario promedio de 30 ó 40 dólares al mes. De ahí la impaciencia o la desesperación; hay que hacer algo para romper el cerco. ¿Pero qué? Acción suicida, sin preparación; la dinamita no puede nada contra una ametralladora 30 cuando se la arroja a mano, y los fusiles —viejos, de repetición— datan de la guerra del Chaco. Pocas balas, cuestan caras. ¿Y qué se puede contra la aviación? Para destruir un ejército es necesario otro, lo que supone entrenamiento, disciplina y armas. La fraternidad y el coraje no hacen un ejército. Ejemplos: España, la Comuna de París...

Clavados a su lugar de trabajo; junto a las mujeres que combaten y los niños: expuestos a todas las represalias contra los suyos y contra ellos mismos; sin capacidad de maniobra ni para destacarse de su base en formaciones organizadas; sin organización militar; sin dirección ni medios. En resumen, sin posibilidad material de transformarse en fuerza móvil, los mineros están condenados simplemente a la matanza. Depende del ejército escoger el día y la hora de la matanza: por dónde comenzará, por qué ruta subirán las columnas de soldados, dónde aterrizarán las tropas especiales. La iniciativa y el secreto de los preparativos son dejados a la tropa; a los mineros, solamente el alarde, con sus propios recursos, a la luz del día. Si atacan, su base de partida, ya conocida, es fácilmente liquidada. Su contrataque, por otra parte, no puede ir muy lejos, pues la naturaleza del terreno es tal, que su base les retiene y les atrae como un elástico en la espalda.

Dotar o no a las fuerzas populares de un destacamento armado, orgánicamente independiente de la población civil, liberado de las tareas de la defensa civil y que aspira a la conquista del poder político, tal es el criterio decisivo que distingue en este punto fraseología y teoría revolucionaria.

El trotskismo, según se sabe, hace mentir al sentido común: en su propia división está su fuerza. Está en todas partes y en ninguna, se entrega ocultándose, no es jamás lo que es: trotskista. La ideología trotskista surge hoy de varios lados, tomando como pretexto algunos fracasos transitorios de la acción revolucionaria, pero es siempre para proponer la misma "estrategia de toma del poder". Resumámosla.

Las masas obreras y campesinas reclaman en todas partes el socialismo, pero no lo saben todavía por estar bajo la férula de las burocracias estalinistas. Hay que despertar, pues, la espontaneidad latente de los trabajadores. Para obtener ese fin la guerrilla no es la forma más elevada de la lucha revolucionaria; hay que instalar en la base "el doble poder", es decir, llamar a la formación de comités de fábrica y comités campesinos cuya proliferación permitirá al fin constituir la Confederación Unica de Trabajadores; esta Confederación, a través de la insurrección instantánea y general de la montaña y la ciudad, será el instrumento de la toma del poder. El trabajo de agitación debe desde ahora aspirar a desatar huelgas y manifestaciones obreras. En el campo, a constituir sindicatos campesinos; proceder a la invasión de las tierras; organizar insurrecciones localizadas que poco a poco ganen la ciudad con la consigna de: Revolución Socialista. Los trabajadores deben desde ahora, paso a paso, tomar el control de los medios de producción. Después, alzarse directamente contra el poder del Estado, en el acto, sin intermediarios ni destacamentos especializados. La Revolución partirá de las luchas económicas existentes o latentes, que se agudizarán hasta convertirse en insurrección de masas: se pasa directamente de la acción sindical a la insurrección.

Perú, Guatemala y Brasil (Sao Paulo y Nor-

deste) fueron los tres países elegidos por el Buró Latinoamericano de Buenos Aires, sección de la Cuarta Internacional. Así operó Hugo Blanco, llegado de la Argentina, con los campesinos del Valle de la Convención; las ligas campesinas de Juliao debían ser "trabajadas" en el mismo sentido, y tal fue la línea impuesta por la Internacional de Posadas hasta estos últimos meses a Yon Sosa, en Guatemala, aprovechando su estado de abandono y la falta de ayuda de otras organizaciones políticas. **Revolución Socialista**, en su tiempo órgano del "13 de Noviembre", escribe en su primer número (julio del 64): "La concepción de organizar la insurrección armada por etapas, a través de la llamada guerra del pueblo, es formal, burocrática y militarista. Lleva en el fondo la subestimación de las masas, su utilización y la postergación de su intervención directa."

El trotskismo da una gran importancia al carácter socialista de la Revolución, a su programa futuro, y quisiera que se le juzgara por esta cuestión puramente fraseológica, como si declarar mil veces que la revolución debe ser socialista la ayudara a nacer. Pero el nudo de la cuestión no es teórico, reside en las formas de organización a través de las cuales se realizará "la Revolución Socialista". Entonces se descubre no solamente que esa revolución de que se nos habla es una utopía, sino que los medios que se emplean en ello no llevan a la revolución, sino a la liquidación muy poco utópica de los movimientos populares existentes. Dejemos sobre este punto la palabra al frente guerrillero "Edgar Ibarra", destacamento de las FAR de Guatemala, que después de haber demostrado la vanidad de un programa democrático-nacional para la revolución guatemalteca y la "inexistencia de la burguesía nacional", se dirige así al movimiento trotskista:

Toda esta posición (trotskista) lleva, mediante una hábil maniobra, a quitarle el contenido revolucionario a la guerrilla; a negar su desarrollo hasta convertirse en el ejército del pueblo; a negar el papel del campesinado en la guerra revolucionaria de nuestros países; a negar la necesidad de la derrota militar del imperialismo y sus lacayos para arrebatarse el poder; a ocultar el carácter de guerra prolongada de la lucha armada y presentar ilusoriamente la perspectiva insurreccional a corto plazo; a dividir a las fuerzas del pueblo y los esfuerzos de los revolucionarios, distrayéndolos en la organización pacífica de sindicatos y organizaciones de masas.³

Decidámonos por un momento a tomar en serio la concepción trotskista, y no como la pura y simple provocación que es en la prác-

³ Resumen de la carta que el destacamento guerrillero "Edgar Ibarra" dirigió al CC del PGT (Partido Comunista) y a la dirección nacional del Movimiento "13 de Noviembre", en octubre del 64, con motivo de los conflictos que surgieron en el movimiento revolucionario guatemalteco.



Dos jefes guerrilleros venezolanos, Douglas Bravo (derecha) y Luben Petkoff, aparecen en la sierra de Falcón con el periodista mexicano Mario Menéndez Rodríguez, director de "Sucesos"

tica. Saltan a la vista varias confusiones. El calco obrerista del modelo de células de empresa y sindicatos proletarios sobre la realidad campesina (lo que es válido en la fábrica de la metrópoli capitalista, sería válido para la comunidad india, que tiene la edad de la sociedad maya o inca); la subestimación, paradójica después de semejante calco, del papel de la clase obrera como fuerza directora de la revolución; la confusión de la lucha armada —como largo proceso de formación de un ejército popular en el campo— con el asalto directo al poder o insurrección tipo bolchevique en la ciudad; una incomprensión total de la relación de fuerzas entre la clase campesina y la clase dominante. Cualesquiera sean esas confusiones teóricas, y hay muchas, una cosa es cierta: el bello aparato verbal funciona en la realidad como una trampa, y la trampa se cierra sobre los trabajadores agrícolas, y a veces también sobre sus pro-

motores. Promover asambleas públicas del pueblo en una aldea indígena, reuniones sindicales abiertas, es simplemente denunciar a sus habitantes a las tropas represivas, y los cuadros políticos a la policía: es enviarlos a la prisión o a la fosa.

"Las consignas de ocupación de tierras y fábricas —dicen los compañeros guatemaltecos en el mismo documento—, que podrían ser empleadas en determinadas etapas de la lucha, al ser planteadas anárquicamente conducen a provocar matanzas y reveses muy grandes de los campesinos y obreros que no tienen aún respaldo para apoyar esas invasiones. La famosa "disputa" de la propiedad de los medios de producción a la burguesía es inconcebible bajo el control de todo el aparato de represión de las clases dominantes. Esta táctica podría ser aplicada en zonas donde el desarrollo de la guerrilla o del ejército

popular impidiera la oleada represiva. De otra manera, ofrece los blancos más vulnerables del pueblo a los golpes del enemigo. Acciones como éstas pueden adquirir contenido de verdadera provocación, causando derrotas que conduzcan al pueblo a inhibirse políticamente como única forma de defenderse de la represión."

En el fondo, el trotskismo es una metafísica empedrada de buenas intenciones.⁴ Cree en la bondad natural de los trabajadores, siempre pervertida por las burocracias malignas, pero en el fondo jamás abolida. Hay una esencia proletaria presente en el fondo de los campesinos, igual que de los obreros, que ningún accidente podrá alterar. Basta, para revelarla a sí misma, devolverle la palabra, fijarle los objetivos que ve sin ver, que se propone en silencio, y el socialismo pasará a los hechos de un golpe, sin dilación, todo limpio.

Porque el trotskismo, llegado a su último punto de degeneración, es una metafísica medieval, está sujeto a las monotonías de su función.

En el espacio, dondequiera igual: los mismos análisis de coyuntura sirven en el Perú y en Bélgica.

En el tiempo, inalterable: el trotskismo no tiene nada que aprender de la historia, tiene ya la clave de ésta: la guerra permanente de los trabajadores, indefectiblemente socialistas —por esencia— hasta en su actividad sindical, contra el formalismo perverso de las burocracias estalinistas: Prometeo luchando sin cesar contra un Zeus de mil cabezas para robarle y mantener vivo el fuego de la liberación. ¿Dónde se ha visto el análisis concreto de una situación concreta en la pluma de un trotskista?

Condenado a vivir el presente con las categorías del pasado, se seca en vida. ¿No ha tenido más que fracasos? Los saboteadores de la revolución están en todas partes. La contradicción es que esos guardianes de la espontaneidad de las masas, partidarios de abandonar al proletariado agrícola a sus rencores salvajes, liberado de esa casta "militarista" llegada de las ciudades que son las guerrillas y, al fin, devuelto a sí mismo, son a menudo militantes extranjeros, venidos de afuera o de un país vecino. Y no llegados para participar en un Movimiento de Liberación, para servirlo, lo que es el internacionalismo mismo, sino para dirigirlo y asumir su control, utilizando sus debilidades, lo que es diferente. Extraña espontaneidad: no nace en el lugar, se importa. ¿Pero por qué asombrarse? Metafísica abstracta, sin contacto con la realidad de la historia, ni aun de una sola historia, la ideología trotskista no puede sino ser aplicada desde afuera. No cabiendo en ninguna parte, hay que aplicarla en todas partes, a la fuerza.⁵

4 Para una buena descripción de la actitud trotskista, ver Sartre: "Los comunistas y la paz".

5 Eso no justifica el ukase ni el tabú que ocultan toda-

Así, viene a ocurrir en los hechos que, paradójicamente, para el trotskismo ultrarrevolucionario, como para la autodefensa reformista, la guerra de guerrillas traduce una tendencia militarista a apartarse de las masas. La insurrección trotskista se asemeja a la autodefensa: provocadoras una y otra, en nombre de las masas contra los aparatos, en nombre de la acción de las masas contra la acción de un "puñado de aventureros". Las masas tienen buenas espaldas. Estos buenos teóricos las llevan al suicidio cantando himnos a su gloria.

Una y otra hacen del sindicato la base de organización y el motor de la lucha de clases, la autodefensa en la realidad y el trotskismo en la realidad y la teoría. He aquí lo que nos explica una sorprendente coincidencia: se nos hablaba de trotskistas ultraizquierdistas; es todo lo contrario. Trotskismo y reformismo se dan la mano para condenar la guerra de guerrillas, frenarla o sabotarla.⁶ No es mero azar que esos dos movimientos hayan tomado a la Revolución cubana como blanco de sus ataques en todas partes; en la América Latina como en el resto del mundo. He aquí lo que explica también por qué los nuevos movimientos guerrilleros que surgen con fuerza, como las FALN en Venezuela, bajo la comandancia de Douglas Bravo, como las FAR de Guatemala, han tenido que batirse en dos frentes. La carta-programa de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Guatemala, que hemos citado, está dirigida al mismo tiempo al Partido Guatemalteco del Trabajo (Comunista) en su antigua forma, antes de su transformación, y al Movimiento "13 de Noviembre", el de Yon Sosa, entonces dominado por los trotskistas. En base a esa notable definición de las formas y el contenido de la revolución guatemalteca se han creado las nuevas Fuerzas Armadas Revolucionarias a fines del año 1965, de acuerdo con el Partido Guatemalteco del Trabajo, renovado y rejuvenecido.

¿Qué enseña la experiencia adquirida hasta hoy?

La guerrilla revolucionaria es clandestina. Nace y se desarrolla en secreto; los propios

vía para algunos la persona y las obras de Trotsky, del cual decía Lenin poco antes de morir: "Personalmente, tal vez sea el hombre más capaz del actual CC, pero también es presuntuoso en exceso y se apasiona demasiado por aspectos puramente administrativos del trabajo". (Obras completas, t. 36, p. 602.)

6 Se confrontará con provecho el artículo de Henri Edme en *Les Temps Modernes* (abril, 66) y el de Pumaruma, dirigente de "Vanguardia Revolucionaria", organización peruana de origen remotamente trotskista; el primero, el de Edme, expresa con mucha agudeza en sus premisas, el punto de vista de los partidos comunistas más tradicionales. (Ver la respuesta de Osvaldo Barreto, en próximo cuaderno de la revista *Casa de las Américas*.) Los dos autores formulan conclusiones análogas, por lo demás muy imprecisas: autodefensa campesina localizada en el campo, formación de cuadros y luchas políticas "evolucionadas" en la ciudad.

Combatientes usan seudónimos. En sus comienzos se mantiene invisible, y cuando se deja ver es en el momento y lugar escogidos por su jefe. En su acción como en su organización, la guerrilla es independiente de la población civil, y por consiguiente no tiene que asumir la defensa directa de la población campesina. La protección de la población descansa en la destrucción progresiva del potencial militar del enemigo, es relativa a la relación global de las fuerzas: la población estará totalmente segura cuando las fuerzas adversas sean puestas fuera de combate totalmente.

Si el objetivo principal de una guerrilla revolucionaria es la destrucción del potencial militar enemigo, no puede esperar que el enemigo vaya a ella para tomar la iniciativa y pasar al ataque. Ese objetivo, en todo caso, requiere del foco que éste se mantenga independiente de las familias residentes en su zona de operaciones.

Primero: para proteger a la población del ejército represivo. Frente a los guerrilleros inasibles, el ejército desata la venganza sobre los campesinos, a los cuales supone en contacto con aquéllos; si descubre a uno que no ha comunicado una información a la tropa, lo mata y lo titulará guerrillero en su informe al Estado Mayor para sacar más provecho de su heroísmo. La movilidad, ventaja de la guerrilla revolucionaria sobre la población civil, le impone una especial responsabilidad frente a los campesinos expuestos día y noche a la represión, eternas víctimas por sustitución. La guerrilla es, pues, clandestina por partida doble y se preocupa tanto de la seguridad de los campesinos como de la de los combatientes. Las dos seguridades, a fin de cuentas, no son más que una.

Los guerrilleros evitan tanto ir a los pueblos como permanecer a sabiendas de todos en una casa o en las tierras de una familia; si penetran en un pueblo, van a todas las casas para comprometer a todas las familias sin hacer resaltar a un colaborador o no se detendrán en ninguna de ellas. Si tienen que dar un mitin, simulan reunir a la población por la fuerza, y ésta tendrá así, frente a la represión, la excusa de haber cedido a la amenaza. Los contactos se hacen fuera del pueblo, clandestinamente, y desde luego fuera de los campamentos guerrilleros, utilizando, si es necesario, intermediarios, personas u objetos. Informadores y colaboradores no se conocen entre sí. En la guerrilla misma, un muy pequeño número de responsables conoce las redes de contacto. Un colaborador "quemado" de la región que pide integrarse a la guerrilla es aceptado sin discusión, aun si llega sin arma, etc.

Después, para proteger la propia seguridad de la guerrilla: "Vigilancia constante, desconfianza constante, movilidad constante". Estas son las tres reglas de oro. Las tres conciernen a la seguridad. Varias razones de buen sentido imponen la desconfianza respecto de la población civil y obligan, pues, a mantenerse alejados de ella. Por su misma situación, los civiles están expuestos a la presión

y a la presencia constantes del enemigo, que tratará de comprarlos, corromperlos o arrancarles por la violencia lo que no pueden comprar. Además, por no haber sido sometidos a una selección y a una preparación técnica similar a las de los combatientes, los civiles, en la zona de operaciones, estarán más expuestos a la infiltración del enemigo o a la corrupción moral. Por ello, los campesinos, aun los colaboradores, no pueden generalmente ir a los campamentos cuyo emplazamiento ignoran, lo mismo que ignoran, desde luego, los diferentes depósitos, los lugares de destino o la orientación real de las patrullas guerrilleras que pueden ver pasar. "Ocultábamos nuestras intenciones a los campesinos — cuenta el Che—, y si alguno pasaba por el lugar de una emboscada, lo reteníamos hasta que se produjera." ⁷ Esta vigilancia no es forzosamente desconfianza: un campesino puede fácilmente cometer una indiscreción y más fácilmente aún verse sometido a la tortura. Se sabe por qué esta vigilancia se ejerce ante todo sobre los guías, todos cuidadosamente desinformados por los guerrilleros sobre el lugar de dónde vienen o a dónde van, etcétera. ⁸

De ahí la necesidad de no dejar jamás salir a nadie de un campamento sin abandonar enseguida el campamento. Si es un guerrillero portador de un mensaje, conocedor a fondo del terreno, al regreso sabrá unirse a la columna en marcha o encontrar el nuevo campamento. En efecto, se ha comprobado más de una vez que el hombre —guerrillero o campesino— obligado por sus funciones a ir y venir de la montaña a la ciudad, a llevar un mensaje, a traer una información o hacer un contacto, está muy particularmente expuesto a la acción del enemigo. Por medio de él se trata de infiltrar la guerrilla, de buen grado o por la fuerza, y gracias a él se puede localizar a los combatientes del foco. ⁹

Según Fidel, el peligro que representa esta función de agente de enlace entre la guerrilla

7 Ernesto Che Guevara: Pasajes de la guerra revolucionaria.

8 El primer guía de los Rebeldes en la Sierra, que gozaba de toda la confianza de los rebeldes, Eutimio Guerra, simple campesino, había recibido 10.000 pesos de Casillas para matar a Fidel. Un azar y, según Fidel, "un sexto sentido" le descubrieron y fue hecho ejecutar a tiempo. ¿Qué será hoy, cuando el enemigo conoce el valor irremplazable de un jefe, sobre todo en la primera etapa? Por la traición de un guía fue asesinado Luis de la Puente, en el Perú.

9 En julio del 63, todo un foco guerrillero —21 hombres— fue liquidado así en la zona de Izabal, en Guatemala, por falta de vigilancia: un mensajero guerrillero fue cogido en la ciudad y obligado a punta de metralleta a guiar a un destacamento del ejército centroamericano hasta el campamento. A la cabeza de la fila, el mensajero tomó el camino más difícil, creyéndolo guardado por un centinela, y se descubrió por un grito lanzado antes de llegar al lugar donde creía encontrar al centinela; nadie respondió. El mensajero fue abatido, y el destacamento siguió su camino y entró en plena noche en el campamento. El centinela había sido relevado la víspera, porque se juzgaba inaccesible la entrada.

lla y el llano, es de orden psicológico; al comienzo el joven combatiente, todavía vacilante sobre las oportunidades de victoria de la guerrilla, sale del campamento para realizar su misión. Abajo descubre las fuerzas y la pompa del ejército que cerca la región, su material, sus efectivos. Piensa entonces en la banda de hambrientos que acaba de dejar; el contraste es demasiado grande y la tarea parece irrealizable; pierde la fe en la victoria; cree ridículo o desmesurado querer vencer a tantos soldados con tantos camiones, helicópteros, víveres y aparatos de todas clases. Escéptico, está desde entonces a merced del enemigo. Así es al principio con los novatos. El llano desmoraliza y desmoviliza a los más débiles.

En resumen, las ventajas de que dispone una guerrilla sobre el ejército represivo son utilizables sólo si puede mantener y preservar su agilidad y su flexibilidad. Frente a cualquier operación, el secreto de los preparativos, la rapidez de ejecución y la sorpresa requieren grandes precauciones. So pena de perder la iniciativa, la velocidad en sus movimientos, su capacidad de maniobra, una columna guerrillera no puede convoyar a mujeres, niños y todos los materiales y animales domésticos de un pueblo a otro. Confundir el éxodo de los civiles con las marchas, muchas

LA PROPAGANDA ARMADA

La lucha guerrillera tiene móviles y fines políticos. Debe apoyarse en las masas o desaparecer; convencer a las masas de sus buenas razones antes de enroscarlas directamente, a fin de que la rebelión se convierta realmente, por su reclutamiento y el origen de sus combatientes, en "guerra del pueblo". Para convencer a las masas hay que dirigirse a ellas, es decir, dirigirles discursos, proclamas, explicaciones, en resumen, realizar un trabajo político, "un trabajo de masas". El primer núcleo de combatientes se dividirá, pues, en pequeñas patrullas de propagandistas, y recorrerá separadamente la montaña, penetrando en los pueblos, celebrando mítines, tomando la palabra aquí y allá para exponer los fines sociales de la Revolución, denunciar a los enemigos de clase del campesino, prometer la reforma agraria, el castigo de los traidores, etcétera. Si los campesinos son incrédulos, hay que devolverles la confianza en sí mismos inculcándoles la fe revolucionaria: la fe en los revolucionarios que les hablan. Se crearán células en los pueblos, clandestinas o públicas; se sostendrán o fomentarán las luchas sindicales, repitiendo sin descanso el programa de la Revolución. Solamente al fin de esta etapa, cuando se haya logrado el apoyo activo de las masas, una retaguardia sólida, un aprovisionamiento seguro, una información multiplicada, un correo rápido y una base de reclutamiento, se pasará a la acción directa contra el enemigo.

Tal es, al parecer, la línea de la **propaganda armada**.

veces forzadas, de una guerrilla, es privar a ésta de toda capacidad de ataque; luego no tiene con qué defender esta misma población de la cual se hizo cargo. Limitada a tareas de protección civil o autodefensa, la guerrilla deja de ser la vanguardia del pueblo entero y se priva de toda perspectiva nacional. El contrataque, al contrario, cataliza las energías populares y hace del foco en desarrollo un polo de atracción para todo el país.

La autodefensa reduce, pues, la guerrilla exclusivamente a un papel táctico y la priva de todo alcance estratégico revolucionario. En el plano mismo en que se coloca, si asegura por un tiempo limitado la protección de la población, la compromete a largo plazo.

"Dejarse atacar o limitarse a la defensa pasiva es colocarse en la imposibilidad de proteger a la población y exponer sus propias fuerzas al desgaste. En cambio, buscar el ataque al enemigo es poner a éste a una defensiva incesante, agotarle, impedirle llevar más lejos sus actividades, quitarle la iniciativa y hacer sus búsquedas difíciles. He aquí la mejor manera de llevar a término nuestra gloriosa misión: proteger a la población." Esas directivas se dirigían a los combatientes del Vietminh en su guerra de liberación contra los colonialistas franceses. Con mayor razón, valen para muchos países de América Latina.

Esta concepción se apoya en una experiencia internacional indudable.

En Vietnam, la propaganda armada, ligada directamente a la organización de grupos de autodefensa en el campo, parece haber desempeñado un papel decisivo en el curso de la guerra de liberación contra los franceses, y principalmente en el curso del período de formación del ejército regular popular: 1940-1945.

A medida que pasaron de la guerrilla a la guerra de movimientos, luego al ataque de posiciones fortificadas, poco a poco, los camaradas vietnamitas pasaron de la Sección al Batallón o Regimiento y luego a la División: crecimiento no tan natural como se piensa, puesto que no corresponde, por ejemplo, a la línea de progresión de la guerra revolucionaria china, que puso enfrente de golpe a ejércitos regulares. En Vietnam, pues, el Partido Comunista fue el núcleo de organización a partir y en torno al cual se desarrolla el ejército popular. En 1944, para dar cuerpo y forma al ejército de liberación, el partido creó "la sección de propaganda del Ejército de Liberación". Así, el partido constituye primero un núcleo de cuadros revolucionarios y lo organiza: tal fue el pelotón de propaganda del partido, dirigido desde el principio por Giap. Después ese núcleo se divide en todo el país para formar milicias populares y unidades de guerrilla irregulares. Su fin no era combatir, sino formar unidades combatientes.

Así comenzó a edificarse, por la base, la pirámide de las Fuerzas Armadas de Liberación vietnamitas, con sus tres tipos de formación: las organizaciones paramilitares o guerrilleras; las tropas regionales, y las unidades regulares. Al nivel de la aldea y el distrito: la guerrilla. Al nivel de la región o de la "interzona" (grupos de provincias): las tropas interzonales o unidades semirregulares. En fin, el ejército principal o fuerza móvil estratégica, sin base fija ni área determinada de operaciones. Lo mejor de la guerrilla es vertido en la fuerza interzonal; lo mejor



El Ché Guevara: pensamiento y acción revolucionaria insobornables. Su ejemplo ha logrado calar muy hondo en las vanguardias latinoamericanas

de ésta, en el ejército regular: cada piso de la pirámide descansa así en el piso inferior sin aplastarla. Cada uno tiene su función propia. La combinación y articulación de esas tres fuerzas tenían como cimiento, de abajo arriba, el pueblo repartido y organizado en aldeas. La punta de lanza —el ejército regular— estaba soldada a la base, pero era autónoma en sus movimientos. Como explica el general Giap, la estrategia de la guerra contra el Cuerpo Expedicionario francés descansaba en la posibilidad que tenía el partido de hacer actuar, ora alternativamente, ora simul-

táneamente, esas tres fuerzas una con otra. La guerrilla y las formaciones interzonales dispersan al Cuerpo Expedicionario enemigo, en un territorio demasiado vasto para él, y le inmovilizan hostigándolo. La fuerza de maniobra enemiga se ve así numéricamente reducida al mínimo. Su retaguardia nunca es segura. O está en todas partes, y no dispone ya de una fuerza de choque concentrada, o hace frente en un solo punto, y entonces desgarnece el resto del país. "Si el enemigo se concentra, pierde terreno; si se diluye, pierde fuerza": los franceses ayer, y los norteamericanos hoy, son todavía prisioneros del dilema.

En todo caso, la guerrilla está destinada a aislar y reducir el cuerpo de élite del enemigo, en combinación con los planes de maniobra de las fuerzas regulares del pueblo para hacer actuar siempre la ineluctable ley según la cual un ejército regular es puesto fuera de combate cuando es destruido su cuerpo de élite. Cuando en Dien Bien Phu la fuerza de choque francesa —16.000 hombres— fue eliminada, el cuerpo expedicionario quedó inmovilizado al mismo tiempo por las milicias populares en todo el golfo de Tonkín, y se encontró decapitado.

Luego, para destruir esta fuerza de choque represiva es necesario otra fuerza de choque del lado popular: el enfrentamiento traba en combate a dos ejércitos regulares, con la diferencia de que el ejército regular del pueblo se apoya en todo momento en el conjunto de la población (reclutamiento, aprovisionamiento, transporte, información); si este apoyo faltara, no podría ni siquiera sostener un combate.

Hoy las Fuerzas Armadas de Liberación, en el sur de Vietnam, cuentan también con un Ejército de Liberación propiamente dicho, luego con tropas regionales y en fin con milicias, llamadas guerrillas. Pero los niños, las mujeres y los ancianos no pueden incorporarse directamente a la lucha armada. ¿Cómo movilizarlos entonces? ¿En qué forma pueden participar en la guerra? Integrándolos a la producción, al sabotaje, a la información, al transporte, etc. Esta integración requiere a su vez la formación y organización de un ejército político, cubierta de protección del ejército a secas; así, la lucha política sirve de aprendizaje o entrenamiento para la lucha armada; es la forma de lucha propia de la retaguardia como factor de movilización y comprensión. En resumen, lucha política y lucha armada van juntas; allí donde una es débil la otra lo es también, y viceversa.

Si en un país como Vietnam la propaganda armada ha estado en el orden del día es porque allí se dan un gran número de condiciones favorables. Muy esquemáticamente, se pueden citar o adivinar las condiciones siguientes:

Primero: la gran densidad de la población campesina, la superpoblación de las aldeas o

pueblos y el marcado predominio de la población campesina sobre la población urbana permiten a los agitadores fundirse con ella fácilmente, como el pez en el agua. Igual ocurrió en China. Esos propagandistas pasan tanto más inadvertidos cuanto que el enemigo es un ocupante, soldado regular, extraño a la vida de la aldea y a las costumbres del país, y no es imposible engañar su atención: franceses o yanquis en Vietnam, japoneses en China. La desproporción existente entre las fuerzas numéricas del ocupante y la población del país no permite el control de todo el territorio por el Cuerpo Expedicionario, cuya red de supervisión, de mallas demasiado anchas, deja el campo libre.

Segundo: los propagandistas están enlazados ora a las bases de apoyo revolucionario, ora a un ejército popular capaz de sostenerlos o protegerlos en su acción, y más que todo atestiguan la realidad tangible y visible de las victorias militares. Las reuniones, mitines y asambleas en las aldeas tienen un contenido pragmático: no son discursos vacíos, programáticos, "bellas palabras", tanto y tan justamente temidos por los campesinos, sino llamamientos a unirse o sostener a las formaciones combatientes existentes: los propagandistas se apoyan en una lucha real. La guerra es el ambiente objetivo, cotidiano, en que viven los campesinos. Y no contra cualquier enemigo, sino contra un enemigo extranjero, llegado de afuera, que habla una lengua extranjera y vive en las ciudades como vive el ocupante; un enemigo establecido demasiado poco tiempo en el país para haber podido adquirir un prestigio natural que impida ver sus raíces. No es difícil cuestionar mentalmente su poder, que descansa en la fuerza bruta, en el azar de un tratado o entre potencias lejanas, en el derecho de conquista, y no en la costumbre ni en la tradición o la idiosincrasia nacionales. La propaganda armada vietnamita se ha desarrollado, pues, en el marco de una Guerra de Liberación Nacional, de una guerra efectiva, presente en todas partes y bajo todas sus formas, contra un enemigo extranjero localizado y fijado por tropas regulares ya formadas en algunos puntos, fortificados o no, del territorio.

Las diferencias entre Vietnam y la América Latina conducen al siguiente contraste. Mientras en Vietnam la pirámide militar de las fuerzas de liberación se construyó desde la base, en América Latina, en cambio, tiende a constituirse desde la cúspide: fuerzas perma-

nentes primero —el foco—; fuerzas semirregulares luego, en las inmediaciones del foco; milicias al final o después de la victoria (Cuba).

¿Cómo en efecto se presenta la situación en numerosos países de la América Latina?

1. Los focos guerrilleros, al comienzo de su acción, ocupan regiones relativamente poco pobladas, de población muy dispersa. Nadie, ningún recién llegado pasa inadvertido en una aldea de los Andes, por ejemplo, donde inspira ante todo desconfianza. Del "forastero", del "blanco", los campesinos quechuas o cakchiqueles (mayas) tienen muchas razones para desconfiar; saben bien que las bellas palabras no les darán que comer ni les protegerán de los bombardeos. El campesino pobre cree en primer lugar en alguien que tiene un poder, empezando por el poder de hacer lo que dice. El sistema de opresión es sutil: está allí desde que hay memoria de hambre, cristalizado, instalado, compacto. El ejército, la guardia rural, la policía del latifundista, hoy "rangers" y boinas verdes o negras, están dotados de un prestigio tanto más fuerte cuanto que es menos consciente. Ese prestigio es la forma primera de la opresión: paraliza el descontento, cierra las bocas, hace tragarse el insulto a la simple vista del uniforme. El ideal neocolonial es todavía "mostrar su fuerza sin servirse de ella", pero mostrarla es ya servirse de ella.

Dicho de otro modo, la fuerza física de la policía y el ejército es **tabú**, y no se rompe un tabú con discursos, sino mostrando que "las balas les entran también a ellos". El guerrillero, a la inversa, debe servirse de su fuerza para mostrarla, pues no tiene otra cosa que mostrar salvo su resolución y su capacidad para servirse de lo poco que tiene. Servirse de su fuerza para mostrar la que casi no tiene y al mismo tiempo mostrar que la fuerza del enemigo es primero y sobre todo su **alarde**. Para destruir ese tabú, ese vestigio secular de miedo y humildad frente al patroneo, el polizoneo, el guardia rural, nada mejor que el combate. Luego el tabú desaparece tan pronto como el respeto por hábito se vuelve irrisorio. Los mismos campesinos que toman las armas y se enrolan en la guerrilla, igual que los veteranos, llegan a subestimar al enemigo y no tomarlo ya en serio; una acción contraria se impone entonces a la dirección guerrillera en un segundo tiempo: devolver un poco de su prestigio al enemigo para evitar las aventuras.

NOTA.—En nuestra próxima edición del 11 de abril, en esta misma sección "DOCUMENTOS", continuaremos con la publicación de este interesante ensayo analítico.